

# Testimonio de David B. Updegraff

Evangelista de la Iglesia de Los Amigos



**David B. Updegraff**  
(1830-1894)

# Testimonio de David B. Updegraff

Evangelista de la Iglesia de Los Amigos

Nací cerca de Mount Pleasant, Ohio, el 23 de agosto de 1830. Sin duda alguna fui solemnemente dedicado a Dios desde mi nacimiento por mis padres piadosos. Me enseñaron desde mi infancia a orar cada noche la oración infantil:

“Ahora me acuesto para dormir  
Te ruego, Señor, mi alma guardar”.

Yo esperaba que el Señor lo hiciera. Mi corazón juvenil gozaba de visitas placenteras del Espíritu de Dios, y muchas veces fui derretido por el poder de su amor. Sin embargo, al paso que iba creciendo, mis pecados y mi rebelión contra Dios iban multiplicándose también. A pesar de que Dios en su misericordia me guardaba de pecados groseros y vergonzosos, muchas veces sentía grande angustia por los pecados que sí cometía. En estas ocasiones siempre me arrepentía sinceramente en secreto y clamaba a Dios pidiendo misericordia. En tales casos prometía a Dios que no lo volvería hacer. Muchas de estas promesas cumplía, pero no todas.

Las promesas, oraciones, restricciones y enseñanzas que mis padres hacían por mí, no eran de balde. Al contraer matrimonio renové mis votos con Dios y me esforcé por hacer el bien, movido por la comprensión de que esto era lo que me convenía hacer. Por derechos de nacimiento era miembro de la Iglesia de Los Amigos y “estrictamente conforme a la ley de mis padres, celoso de Dios”, vivía. Temía y reverenciaba a Dios. Durante muchos años era “siervo” bajo “la ley que da hijos para esclavitud”. Pero no había “recibido la adopción de hijo”.

En el mes de marzo de 1864, alcancé esta gran bendición. El “evangelio” de Dios me vino con gran poder. Confesé públicamente mis pecados y mi necesidad de un Salvador. Me costó mucho hacerlo porque yo era muy orgulloso y obstinado; pero propuse sujetarme a Dios y lo hice. Mi lucha espiritual se prolongó algo pero se terminó en las largas horas de la noche cuando yo por fin obtuve “paz con Dios”.

El Espíritu dio testimonio a mi espíritu de que yo era hijo de Dios.

Inmediatamente me convertí en un testigo gozoso y gustoso de la realidad de mi justificación por la fe y de mi nacimiento del Espíritu. Me encantaba contar del poder salvador de Jesús y del gozo que Él había puesto en mi corazón. Sin embargo, primeramente la negligencia, y luego, la desobediencia, y por fin el capricho estorbaron mi vida espiritual. Después de recibir castigo y sufrimiento de la mano de Dios, mi alma fue restaurada. En seguida hice una consagración definida y concienzuda de mis servicios al Señor. Anhelaba ver a Dios glorificado en la salvación de almas y en el crecimiento de la iglesia.

Algunos años pasaron después de mi conversión y noté que estaba logrando que muy pocas almas fuesen conducidas al reino. Ciertamente, yo era solamente hombre de negocios y muy adverso a la idea de ser un ministro. Deseaba servirle a Dios y a los hombres pero de manera quieta y discreta. La Iglesia me encargó algunos trabajos de los cuales yo me hacía atrás por sentir profundamente mis incapacidades. Las sentía mucho más que las entendía. Pero de todas maneras cuando Dios me abrió alguna puerta, entraba y muy pronto aprendí lo que me iba a costar ser verdaderamente leal a Dios. Aprendí que si era guiado por el Espíritu de Dios, de acuerdo con su

palabra, reproches y bendiciones prometidas por el Señor me llegarían a ser una realidad. Siempre yo había pensado, sin razón, que tales reproches eran consecuencias de equivocaciones cometidas por quienes no supieron evadirlas. Muchas personas me molestaban pero al comprender más acerca de mí mismo, me di cuenta de que era un “hombre viejo” en particular quien me molestaba más que todas las demás personas. Y ese “hombre viejo” era de mi propia casa. De sus hechos yo me había despojado y verdaderamente no sentía ninguna condenación por el pecado. Sin embargo, cuando “queriendo yo hacer el bien”, él estaba presente, y estaba presente en mis miembros. Si él lograba hacer algo aun en la forma más mínima, yo estaba humillado y entristecido y en caso de no lograrlo, vivía yo con temor de que él pudiera lograrlo alguna vez.

El Señor me enseñaba por medio de algunas providencias especiales y comencé a entender más claramente que “la ley es débil por la carne”. Odiaba el orgullo, las ambiciones carnales, el mal genio y los pensamientos vanidosos pero a pesar de odiarlos, los tenía y eran una parte de mi propia persona, no como hechos de que arrepentirme y pedir perdón, sino como disposiciones detrás de los hechos e impulsos hacia el pecado, cosas naturales del “hombre viejo” e inseparables de su presencia en mi ser.

Comencé a pedir a Dios con cierta medida de fe que Él lo echara fuera. Juntamente con este deseo me vino una “gran hambre y sed” de “ser lleno de toda la plenitud de Dios”. Anhelaba un “corazón limpio y un espíritu recto”.

En tal actitud asistí a un culto especial de oración en una tarde inolvidable en el mes de septiembre de 1869. Me arrodillé con el propósito firme de presentar mi cuerpo en sacrificio vivo a Dios. Tal era mi relación con Cristo que pude ver una nueva luz y mi nuevo privilegio en la consagración completa, y comencé a buscarla con gran gozo. Pero pronto me encontré en un gran conflicto. Se me presentaron rápidamente los obstáculos que me lo impedirían y las cosas que tendría que sufrir por amor a Jesús: los malentendidos, las malas interpretaciones, sospechas y críticas de parte de creyentes carnales, además de los conflictos con el mundo, la carne y el diablo. No eran simplemente exageraciones de la imaginación. El egoísmo, el orgullo y los prejuicios se juntaron con ellos y se levantaron en rebeldía mientras el “hombre viejo” rogaba por su vida. Pero no pude, ni tampoco consentí en hacerme atrás. “Pasiones vergonzosas” con firme resolución fueron clavadas en la cruz y aquellas cosas que para mí eran ganancia, como el prestigio denominacional, la familia, el negocio, los amigos, los bienes, el tiempo, el talento y la reputación – todos irrevocablemente fueron entregados al control y disposición del Salvador Omnipotente.

Con todo mi ser sobre el altar, en el momento de “considerarme muerto al pecado pero vivo para Dios”, el Espíritu Santo “cayó sobre mí”. Al instante sentí el fuego enternecedor y refinador de Dios penetrar todo mi ser. Yo había entrado en “reposo”. Ya no era nada ni nadie y me gocé de que una vez y por todas este asunto había sido resuelto. Es un lujo consciente ser librado de ambiciones y obstinación, y poseer un corazón que pide nada más que la voluntad de Dios. Estuve plenamente consciente de la presencia de Dios y de su obra santificadora. No me costó creer que amaba al Señor con todo mi corazón y con toda mi mente y con todas mis fuerzas y a mi prójimo como a mí mismo. La tranquilidad en el alma y el reposo de Dios que sentí en aquel momento, me causó admiración y sigue haciéndolo hasta el día de hoy. Era y todavía es, “la paz que sobrepasa todo entendimiento”.

El testimonio del Espíritu a mi alma en cuanto a mi santificación completa es tan claro e inequívoco como lo era en cuanto a mi justificación. Durante los diecinueve años desde aquel día, he tenido tiempo suficiente y buenas oportunidades para examinar y probar la realidad y la naturaleza

de la obra realizada en aquel feliz momento y mantenida hasta hoy por el Espíritu Santo. He aprendido que este bautismo maravilloso del Espíritu Santo, es el secreto de la estabilidad del carácter cristiano y también del buen éxito en la obra del Señor. Es cierto que no es un estado necesariamente inmutable. Más bien es un modo de vivir que puede ser mantenido por una fe continua en Jesús y en sus promesas. Su presencia constante hace que sea permanente la disposición de hacer la voluntad de Dios. Y el permiso que le cedemos para “producir en nosotros así el querer como el hacer de su buena voluntad”, es lo que le constriñe a morar en nosotros. He probado que el secreto de la victoria está en la quietud, seguridad, obediencia y amor supremo a Dios. Tiene que haber un temor de ofenderle. Si el entristecer al Espíritu de Dios se considera el peor mal que nos pudiera acontecer, entonces el temor al hombre no puede enredar nuestros pies y nuestro ojo se mantendrá “bueno y todo el cuerpo estará lleno de luz”. Que Satanás haga todo lo que puede. No nos puede dañar. Porque Él que puede salvar, puede y está dispuesto a guardar a los suyos de pecar igualmente como puede expiar y perdonar los pecados que antes fueron cometidos. ¡Bendito sea su santo nombre!

“Él que venciere será vestido con vestiduras blancas”. “Vencieron por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte”. Amén.